

Observatorio Internacional

Nº3 | Marzo 2016

Facultad de Comunicaciones y Humanidades | Universidad Finis Terrae



- **Bolivia enfrenta el futuro sin Evo Morales**
- **Norcorea: Una creciente amenaza a la seguridad mundial**
- **El legado de Barack Obama**
- **Gran Bretaña: Ser o no ser... de la UE**
- **Libia se convierte en el nuevo bastión del Estado Islámico**

ZONA DE TURBULENCIAS

En lo que va corrido de 2016 hemos comprobado que la contingencia internacional —dinámica y muchas veces impredecible— no da tregua, ya que en diferentes zonas del mundo se están desarrollando importantes acontecimientos y procesos.

En Bolivia, por ejemplo, el referéndum que llevó adelante el gobierno del Presidente Evo Morales —que tenía como objetivo una reforma constitucional que le permitiera una nueva reelección— no salió como se esperaba. Y eso tendrá importantes repercusiones en lo que resta de su último mandato.

Mucho más lejos, en Gran Bretaña, el Primer Ministro David Cameron también enfrenta el reto de otro referéndum. Pero no para buscar extender su permanencia en el poder, sino para que en junio próximo los británicos manifiesten su voluntad respecto a seguir siendo miembros de la Unión Europea (UE) o no. Un voto que puede cambiar la historia de este país, sentando un inédito precedente que incluso podría poner en juego la continuidad de la misma UE.

También son tiempos de decisiones en Estados Unidos, donde los precandidatos republicanos y demócratas están en plena temporada de primarias, luchando voto a voto para seguir en competencia y lograr la anhelada nominación oficial de sus respectivos partidos. Un momento propicio para mirar lo que ha sido la gestión del Presidente Barack Obama a lo largo de sus casi ocho años en la Casa Blanca y, sobre todo, cómo pasará a la historia.

Corea del Norte, por su parte, continúa poniendo a prueba la paciencia de la comunidad internacional al insistir con sus ensayos nucleares y el lanzamiento de misiles balísticos. Dos provocaciones que han llevado a la ONU a imponer al régimen de Kim Jong-un las sanciones más duras de los últimos años. Pero que no serán fáciles de aplicar.

Y mientras el mundo sigue estos acontecimientos con gran atención, el Estado Islámico no se detiene, porque ahora ha clavado su bandera en Libia, con el objetivo de hacerse fuerte en este país que aún no logra concretar su estabilidad política. Claramente, un territorio propicio para sus objetivos de expansión.

Alberto Rojas M.
Periodista, Universidad Diego Portales.
Magíster en Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica.
Director del Observatorio de Asuntos Internacionales
Facultad de Comunicaciones y Humanidades Universidad Finis Terrae.



Bolivia enfrenta el futuro sin Evo Morales

Descartada la posibilidad de que el Mandatario pueda repostularse en 2019, surge la interrogante acerca de cómo se articularán las fuerzas políticas del país en los próximos años.

Jessica Smith A.

La reciente derrota sufrida por Evo Morales en el referéndum del 21 de febrero, que buscaba permitir una nueva repostulación del Mandatario, marca un punto de inflexión en la escena política boliviana. Es que el Tribunal Supremo Electoral de dicho país ratificó que la opción “No” se impuso con un 51,31%, mientras que el “Sí” obtuvo el 48,69%. Eso significa que en enero de 2020, Evo dejará el poder después de haber sido Presidente de Bolivia por 14 años consecutivos.

Frente a este escenario nos planteamos dos líneas de reflexión. La primera es cómo se llevará a cabo el juego político en Bolivia entre 2016 y las elecciones presidenciales de 2019. La segunda es tratar de identificar cuál sería el legado de Evo Morales y qué diferencias sustantivas podemos encontrar entre la Bolivia que recibió el Mandatario en 2006 y la que dejaría a su sucesor en 2020.

Tanto el gobierno como la oposición tienen el desafío de consolidar un candidato pre-

sidencial en una escena política copada por la figura de Evo. En efecto, desde 2005 en adelante se ha llevado a cabo una fuerte personalización de la política boliviana bajo el liderazgo caudillista del actual Presidente. Ello, sumado a una fragilidad endémica de los partidos políticos de país altiplánico, dificulta la aparición de nuevos liderazgos.

El sistema de partidos boliviano sufrió un colapso al término del gobierno de Sánchez de Lozada (2003), evidenciando una altísima volatilidad, bajos niveles de institucionalización y una dificultad para generar alianzas y pactos de gobierno estables, capaces de afrontar el doble desafío de fortalecer la institucionalidad democrática y a la vez hacerse cargo de los crecientes niveles de movilización social.

En ese escenario, el Movimiento de Acción al Socialismo (MAS) se constituyó en el referente partidario más fuerte levantando la figura del dirigente cocalero que se con-



vertiría en el primer Presidente indígena de Bolivia. Con ello, capitalizó el descontento de los más diversos sectores populares que se habían sentido sistemáticamente excluidos del juego político tradicional.

Tras 10 años de gobierno, el MAS ha enfrentado no pocas dificultades para mantener su hegemonía, experimentando fricciones internas entre quienes aspiran a formar parte del círculo más cercano al gobernante y aquellos que pretenden trabajar de modo aún más estrecho con las distintas organizaciones sociales —que ya se han enfrentado al gobierno en más de una oportunidad—, exigiendo mayor celeridad en las reformas tendientes a la ampliación de los derechos sociales.

En ese contexto, es mucho lo que el MAS pone en juego en las elecciones de 2019. La continuidad de su proyecto político y social depende de su capacidad de mantenerse en el poder en las primeras elecciones presidenciales que deberá enfrentar sin la figura del actual Presidente; máxime cuando ya en 2015 perdió varias alcaldías emblemáticas como El Alto, Cochabamba, La Paz y Santa Cruz, situación que se repitió en el referéndum de febrero pasado con el triunfo del “No” en dichas

ciudades y en Potosí, lugares donde el partido de gobierno solía imponerse.

El estrecho resultado del referéndum indica que la popularidad de Morales aún es fuerte, a pesar de los escándalos de corrupción que han sacudido a su entorno cercano y del natural desgaste de 10 años de ejercicio del poder. A pesar de ello, la popularidad de Evo sigue siendo mayor que la de su propio partido.

Al interior del MAS la batalla por levantar un candidato que sea capaz de capitalizar lo mejor del legado de Morales y ampliar su base electoral para garantizar la victoria, ya ha comenzado. Pese a los dichos del Presidente de congelar la decisión respecto de quién será el candidato oficialista hasta 2018, puede apreciarse que el partido se debate entre tres opciones: un rostro que signifique la continuidad de lo que representa Morales desde el punto de vista social, como su propia hija Eva Liz; un candidato con más experiencia política, como el canciller Choquehuanca, el Ministro Romero o la presidenta de la Cámara de Diputados, Gabriela Montaña, y que forman parte del círculo de colaboradores más cercanos a Morales; o un dirigente que no necesariamente haya estado

en la primera línea del gobierno, pero que represente un viraje en el sentido de reconectarse con los movimientos sociales y que a la vez sea capaz de generar los suficientes niveles de confianza con los sectores productivos.

En suma, junto con la búsqueda del candidato, el MAS tiene la importante tarea de dotarse de mayores niveles de institucionalización y autocrítica para garantizar la sobrevivencia de su referente más allá de la figura paternalista de Evo Morales, zanjando cuál será el rol de este una vez que deje la presidencia.

La oposición, por su parte, no ha logrado articular referentes políticos estables, generando más bien alianzas puntuales para enfrentar cada proceso electoral, como es el caso de Podemos, en 2005; del Plan Progreso para Bolivia–Convergencia Nacional (PPB-CN), en 2009; o el Frente de Unidad Nacional (UN), en 2015. Prácticamente todos los partidos políticos existentes desde la década de los ochenta, se derrumbaron durante esta etapa. En ese contexto, la real oposición a Evo Morales ha venido más bien del mundo sindical, empresarial, grupos cívicos, referentes regionales, etc., que de partidos políticos constituidos de modo estable a nivel nacional.

A la fecha, cuesta vislumbrar en la oposición una cara visible que capitalice la demanda de alternancia de poder y que a la vez sea capaz de representar las necesidades, visiones e intereses de sectores tan distintos como los que coincidieron en respaldar la opción “No” en el referéndum último.

Es bastante complicado pensar que movimientos indígenas desencantados con el gobierno de Evo, ambientalistas, sindicalistas, mineros, trotskistas, empresarios, neoliberales y demócratas cristianos puedan coincidir en un solo candidato para afrontar la contienda electoral y cons-

tituirse en una alternativa viable y creíble para arrebatarse el gobierno al MAS. La construcción de un gran pacto nacional que se fije “metas país” de mediano y largo plazo, es fundamental para articular una oposición capaz de competir con



éxito y transformar el voto anti-Evo en un sufragio propositivo. En suma, la derrota del oficialismo en el referéndum está lejos de garantizar la victoria de la oposición en las próximas elecciones presidenciales.

Sea cual sea el resultado de las elecciones presidenciales de 2019, podemos afirmar que Bolivia ha experimentado importantes transformaciones durante la dilatada gestión de Evo Morales, que han cambiado la cara al país.

La más destacada es el reconocimiento explícito a nivel institucional de su condición de Estado plurinacional, aparejado con la reconstrucción de la identidad indígena y la inclusión de estos sectores tradicionalmente excluidos. Los avances

en materia de alfabetización, salud y educación han impactado mayoritariamente en la población indígena rural y en los sectores urbanos menos favorecidos.

En el ámbito económico, la gestión de Morales se ha visto acompañada de una época de bonanza producto del alza de los precios de los hidrocarburos a nivel internacional, que le ha permitido incrementar sus reservas internacionales, controlar la inflación y tener un ritmo de crecimiento promedio del 5% anual. Con ello se han financiado distintos programas sociales que tuvieron como efecto la reducción de la pobreza extrema del 38% en 2006 al actual 17%.

No obstante, la gran interrogante es cómo enfrentará Bolivia un escenario de caída de precios del gas y petróleo a nivel internacional, sobre todo, porque su economía depende casi en un 80% de los ingresos generados por la exportación de dichos recursos. Diversificar la economía mientras dura aún el periodo de bonanza es fundamental para garantizar el financiamiento de los beneficios sociales otorgados durante estos 10 años y así evitar retrocesos en su política redistributiva que impacten en el clima social. La agenda medioambiental es, sin duda, una de las grandes tareas pendientes del gobierno de Morales para asegurar un desarrollo sustentable, evitando la sobreexplotación y depredación de sus recursos naturales.

En el aspecto político, Bolivia parece haberse alejado de las épocas en que

los presidentes abandonaban sus cargos fruto de las presiones populares, alcanzado un grado de estabilidad importante. No obstante, debe abocarse a la generación de un sistema de partidos más sólido, al fortalecimiento de las instituciones democráticas y a mejorar los niveles de transparencia en la gestión de los recursos, así como la generación de contrapesos al poder presidencial. En síntesis, debe reducir su déficit democrático, combatir la corrupción, garantizar la libertad de expresión y transitar de liderazgos caudillistas a liderazgos institucionalizados evitando la polarización social vivida en épocas pasadas.

Como puede apreciarse, la derrota del oficialismo en el referéndum de febrero último, abre la puerta a una etapa de definiciones políticas relevantes para el futuro de la nación altiplánica. Con Evo o sin Evo, Bolivia enfrenta la encrucijada de continuar con un modelo que si bien es cierto ha traído una estabilidad relativa al país, pareciera descansar en bases políticas y económicas poco sólidas. Otro camino es efectuar las correcciones y virajes necesarios para que los logros alcanzados en materia de redistribución social y de inclusión se consoliden, y Bolivia se encamine por la senda del desarrollo económico con justicia social e instituciones democráticas sólidas y estables. El país y la región esperan que sus líderes políticos y sociales se encuentren a la altura de semejante desafío.

Jessica Smith A.
Abogada, Pontificia Universidad Católica del Perú
Magíster en Ciencia Política, mención en Política Comparada, Universidad de Chile
Directora de Operaciones Académicas Universidad Finis Terrae



Norcorea: Una creciente amenaza a la seguridad mundial

Nuevamente el régimen de Kim Jong-un parece no temer a las consecuencias de sus actos ni a las sanciones que el Consejo de Seguridad de la ONU le acaba de imponer.

Alberto Rojas M.

La capacidad de Corea del Norte para concentrar la atención política y mediática mundial parece no tener límites. Así quedó demostrado tras su polémico ensayo nuclear a comienzos de enero, cuando el régimen norcoreano aseguró haber detonado una bomba de hidrógeno, aunque expertos internacionales posteriormente descartaran que se tratara de esa tecnología.

La situación se agravó aún más en febrero, cuando Pyongyang decidió lanzar un proyectil de largo alcance para —supuestamente— poner en órbita el satélite Kwangmyongsong-4. Sin embargo, la comunidad internacional sostiene que en realidad se trató de una prueba destinada a comprobar la capacidad norcoreana de equipar proyectiles intercontinentales con ojivas nucleares.

Un escenario particularmente preocupante para Washington, ya que el proyectil utilizado en ese lanzamiento sería una versión perfeccionada del Unha-3, un cohete

capaz de llegar hasta territorio estadounidense.

Frente a eso, la comunidad internacional decidió no quedarse de brazos cruzados y hace pocos días el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas impuso un nuevo conjunto de sanciones sobre el país gobernado por Kim Jong-un. No son las primeras de este tipo, pero sí las más duras de los últimos 20 años.

Respaldadas de manera unánime por los 15 miembros del Consejo —incluyendo a China, el más estrecho aliado que ha tenido Norcorea a lo largo de su historia—, las sanciones consideran la inspección obligatoria de cualquier carga que entre o salga del país por mar o tierra, como una forma de evitar que Pyongyang intente adquirir armas que le permitan modernizar su atrasado arsenal convencional.

También contempla bloquear la venta de sus principales productos de exportación —titanio, oro, carbón y hierro, que representan casi la mitad de los ingresos del



país—, así como la importación de productos de lujo para el régimen de Kim y de combustible para aviación.

Finalmente, todos los miembros del Consejo acordaron congelar los bienes de las compañías vinculadas al programa nuclear de este país y cerrar todos los bancos norcoreanos que estén operando en sus territorios en un plazo máximo de 90 días.

¿Cuál fue la respuesta del régimen de Kim Jong-un? Lanzar seis misiles de corto alcance que tras recorrer entre 100 y 150 kilómetros, cayeron en aguas del Mar de Japón. Luego amenazó con ataques nucleares preventivos contra Seúl y Washington, en respuesta a los ejercicios militares que ambos países realizan anualmente. Por último, difundió de una foto que muestra a Kim junto a una supuesta bomba nuclear en miniatura.

Actualmente Norcorea es visto por gran parte de la comunidad internacional como un país hermético, impredecible y poco confiable, que parece empeñado en mostrar un poder militar no convencional que —supuestamente— le otorgue una posición privilegiada al momento de negociar con las potencias regionales y mundiales.

Durante la Guerra Fría el régimen fundado por Kim Il-sung —el llamado Gran Líder—

disfrutó del apoyo político, económico y militar de la Unión Soviética y China. Sin embargo, a partir de la desaparición de la URSS en 1991, Norcorea quedó en una posición de debilidad que se vio agravada por la muerte del propio Kim en 1994.

Entonces, las riendas del país fueron tomadas por uno de sus hijos, Kim Jong-il, quien impulsó la idea de que Corea del Norte debía dotarse de tecnología nuclear y balística, como una manera de garantizar la existencia del propio régimen, frente a supuestas amenazas extranjeras.

Sin embargo, una seguidilla de sequías e inundaciones que causaron una grave hambruna en Norcorea durante la segunda mitad de la década de 1990, llevaron a un escenario que pareció favorable a un acercamiento con la comunidad internacional: Estados Unidos, Corea del Sur y Japón entregarían ayuda consistente en petróleo, granos y fertilizantes, mientras que Corea del Norte se comprometía a detener su programa nuclear y de misiles.

Paralelamente, Kim dio muestras de querer impulsar reformas económicas similares a las que en su momento había llevado adelante Deng Xiaoping en China; de hecho, un ejemplo de eso fue la creación del complejo industrial binacional de Kaesong. Además, en junio de 2000 se concretó un

esperado encuentro con el entonces Presidente surcoreano Kim Dae-jung, quien se transformó en el primer gobernante de su país en visitar la capital norcoreana.

Ese mismo año la secretaria de Estado Madeleine Albright visitó Corea del Norte y se reunió con Kim Jong-il para formalizar el compromiso de que su país abandonaría su programa nuclear. Incluso se especuló que dicho encuentro había sido “la avanzada” para una posible visita del entonces Presidente Bill Clinton, aunque eso finalmente nunca se concretó. Pero que lo habría convertido en el primer Mandatario estadounidense en visitar Corea del Norte, emulando el histórico viaje de Richard Nixon a China en 1972.

A pesar de este acercamiento, la llegada de George W. Bush a la Casa Blanca en enero de 2001 cambió radicalmente el tono de la relación entre Washington y Pyongyang, al punto que en su discurso del Estado de la Unión de 2002, Bush incluyó a Corea del Norte junto con Irán e Irak en el llamado Eje del Mal, como regímenes que supuestamente apoyaban al terrorismo.

Los ensayos nucleares norcoreanos de 2006 y 2009 demostraron que Pyongyang nunca había abandonado el trabajo en su programa nuclear, al igual que con misiles balísticos como el Taepodong, capaz de alcanzar Alaska. Un escenario que aisló aún más al régimen de Kim Jong-il, también conocido como el Amado Líder.

La muerte de Kim en 2011, tras sufrir un infarto a bordo de su tren blindado, fue vista por Occidente como la posibilidad de que el país diera un giro a su política y economía. Y la llegada de su hijo Kim Jong-un al poder, fue vista con grandes expectativas.

A poco andar, el joven gobernante —educado en Suiza y capaz de hablar inglés y alemán— dio indicios de que las esperanzas de cambio eran vanas. Concretó una nueva prueba nuclear en 2013, aumentó

la tensión con Corea del Sur y Japón, y continuó destinando gran parte del presupuesto nacional al sector de Defensa.

Además, inició una serie de purgas dentro del oficialismo, que incluso causaron que su tío Jang Song-thaek —quien lo asesoró durante los primeros años en el poder y



quien era muy cercano a China— fuera destituido y ejecutado bajo cargos de traición.

Corea del Norte es un mundo de profundos contrastes. Con apenas 25 millones de habitantes, un PIB per cápita de US\$ 1.800 y solo 2,8 millones de celulares, tiene el cuarto ejército más grande del mundo —luego de China, EE.UU. y Rusia— con 690 mil efectivos. Aunque es sabido que sus fuerzas militares están seriamente atrasadas y no son rival para ninguna potencia.

En parte, eso explica la obsesión de la “dinastía Kim” por convertirse en un actor nuclear que sea tomado en serio y que demuestre su fuerza al mundo, como una manera de garantizar la lealtad de los ciu-

dadanos al oficialista Partido de los Trabajadores de Corea.

Considerando el peligro que representa el régimen norcoreano y las constantes amenazas de su arsenal nuclear (tendría entre ocho y diez ojivas), muchos se preguntan qué más puede hacer la comunidad internacional para contener ese peligro.

La idea radical de que Estados Unidos pudiera atacar e invadir Corea del Norte para derrocar a Kim —imitando lo ocurrido en Irak en 2003— está por completo descartada, considerando que este país es vecino de China y, por lo tanto, se entiende dentro de su esfera de influencia; esto lo vuelve intocable en términos militares y Kim Jong-un lo sabe. Sin embargo, la relación entre Pyongyang y Beijing se ha ido deteriorando al punto que hoy Norcorea es un aliado que solo causa dolores de cabeza a China. ¿La razón? Cada vez que Kim hace o dice algo que aumenta la tensión regional, EE.UU. impulsa sanciones sobre el régimen, pero al mismo tiempo exige a China que ejerza mayor presión sobre Norcorea. Y eso, inevitablemente, tensiona la relación entre Washington y Beijing.

Sin la influencia que tuvo durante años en Pyongyang, hoy la efectividad de Beijing se ha visto limitada. De hecho, el reciente lanzamiento del proyectil con el supuesto satélite se concretó pese a la visita de tres días que Wu Dawei, enviado especial de China, hizo a Norcorea para evitar su despegue.

Eso ha llevado a que, además de las sanciones impuestas por la ONU, Washington y Seúl anunciaran su intención de iniciar negociaciones para desplegar un escudo antimisiles estadounidense (THAAD, por sus siglas en inglés) en territorio surcoreano. Una decisión que ya ha sido objetada por Corea del Norte y que ciertamente incomoda a China, dado que considera que esa vigilancia también podría extenderse hacia su propio territorio.

Es importante tomar en serio a este régimen. La preocupación mundial se explica por el temor a que Kim pase de las amenazas a los hechos. Pero también porque no existe claridad sobre cómo ni cuándo podría llegar a caer el régimen norcoreano. Las opciones están abiertas: desde un alzamiento popular como los vistos durante la Primavera Árabe hasta un violento derrocamiento similar a lo ocurrido en Rumania en 1989, pasando por una transición pacífica auspiciada por diferentes actores internacionales. Y en cualquiera de esos escena-



rios resulta clave garantizar el control y la seguridad de las instalaciones nucleares.

De momento, queda la interrogante de cómo se pondrán en práctica las sanciones impuestas por el Consejo de Seguridad y que no solo involucrará la imprescindible cooperación de China, sino también la del resto de la comunidad internacional.

El legado de Barack Obama

A diez meses de que acabe su segundo y último mandato, ¿cómo pasará a la historia el primer Presidente afroamericano en llegar a la Casa Blanca?

Roberto Vega M.



¿Estados Unidos se encuentra en un estado de declinación definitiva en su liderazgo mundial?

¿El “imperio americano” correrá la misma suerte que otras civilizaciones ya desaparecidas?

¿El nuevo liderazgo de Barack Obama será suficiente para retomar el camino del llamado “destino manifiesto” de la nación norteamericana?

Estas eran, entre otras, las preguntas que los analistas y medios de comunicación se hacían al momento que Barack Obama asumiría la presidencia de los Estados Unidos en enero de 2009.

Ahora que nos encontramos a meses del término de su segundo período de cuatro años en el gobierno, cabe hacerse una nueva pregunta: ¿El liderazgo de los Estados Unidos mejoró o empeoró bajo el mandato de Obama?

Antes de hacer un balance y responder a las preguntas, no podemos dejar de recordar el momento en que Obama asumió su primer período de gobierno. Las expectativas creadas no solo en los Estados Unidos, sino en el mundo entero, fueron enormes.

La comunidad internacional participó con inusitado interés de esa elección. Se trataba de un Presidente que debía asumir en un momento en que la literatura especializada, como está dicho, hablaba del término del poderío norteamericano (la declinación del “imperio”). Incluso la prensa destacaba que el propio Obama —mientras recorría el país en el período pre-eleccionario— leía en su avión el libro *The Post American World*, de Fareed Zakaria, en el que se señalaba que

Los especialistas y la prensa, entonces, coincidían en que el mayor desafío para Obama sería hacer que Estados Unidos recobrara su liderazgo y no siguiera el camino de otras potencias que la historia ya había dejado atrás. La tarea era no menor. El mismo Zakaria escribió en un artículo del *Newsweek* que al final del mandato de Obama el pueblo norteamericano no daría gran importancia a situaciones menores (como por ejemplo, que fuera un hombre carismático, bondadoso o buen padre), sino que solo evaluaría si las condiciones de liderazgo de la nación americana se habían recuperado.

Las debilidades que describían los más pesimistas al iniciar su mandato hacían

alusión a lo siguiente: la existencia de un menor número de estudiantes graduados en actividades ligadas a la ingeniería, por tanto menos patentes e invenciones futuras; la falta de ambición y liderazgo de la actual generación norteamericana post Guerra Fría; la dificultad para una nación hegemónica de mantener el *status quo* de modo indefinido, especialmente si su economía se encontraba en un estado de declive relativo; el peligroso desgaste de su base industrial versus los gastos en defensa militar; el



estábamos viviendo un mundo donde otras naciones habían alcanzado y luego superarían a Estados Unidos en el liderazgo mundial, haciéndose eco de otros autores como Paul Kennedy y Thomas Friedman que años antes describían un oscuro escenario.

problema etnocéntrico que impidió a otros imperios admitir el declive; una alta población con carencia de seguro médico; un país que consumía el 50% de la cocaína que se produce en el mundo y una población que tiene libre acceso a las armas provocando altas tasas de homicidio; trivialización de la cultura y el entretenimiento

por encima del interés por el progreso sería una lesión autoinflingida.

Un sector más conservador (optimista) advertía que a pesar de todo aquello ningún otro país, ni siquiera Rusia o China, lograrían igualarlo en poder militar; que seguiría siendo el único país con alcance global, con fuerzas terrestres en cualquier lugar estratégicamente importante del mundo; poseedor del mayor número de universidades e investigación; y la capacidad de la economía norteamericana de ser particularmente eficiente en transformar la tecnología en un producto vendible. Por último, si existiese la posibilidad de una pérdida del poder mundial, esta sería relativa y no absoluta.

El escenario para el nuevo Presidente no era muy auspicioso; no obstante, había gran confianza en el nuevo liderazgo que proponía, basado en su extraordinaria oratoria y un carisma que los estadounidenses no habían visto desde la época de Kennedy.

Se dice que todo Presidente (especialmente el de los Estados Unidos) debe trabajar cada día en los asuntos más inmediatos y especialmente en preparar su lugar en la historia.

Al balance de su gestión y a las preguntas ya formuladas, podemos agregar una más: Obama, en virtud de su gestión, ¿quedará en el panteón de los grandes presidentes de la historia norteamericana?

Las respuestas las entrega el propio Obama en su último discurso sobre el Estado de la Unión, del pasado 12 de enero. En él sostiene que el país que estaba dejando era mejor que el que había recibido e incluso se atrevió a señalar: "Cualquiera que afirme que la economía de Estados Unidos se encuentra en declive está vendiendo humo". Y lo resaltó destacando algunos logros: su período fue el más largo de la historia en la creación continua de empleos en el sector

privado, con más de 14 millones de nuevos puestos de trabajo; se redujo la tasa de desempleo a la mitad; y el año 2015 se destacó como el mejor en la historia para la industria automotriz y la reducción de los déficits en casi tres cuartos. En resumen, dijo, "en los últimos siete años, nuestro objetivo ha sido una economía en crecimiento que funcione mejor para todos. Hemos progresado. Pero debemos progresar más".

En esta misma línea perfiló los desafíos futuros: creación de oportunidades reales para que todo estadounidense adquiera educación y capacitación para obtener empleo; educación preescolar para todos; construcción de un plan de salud y jubilación sólido; recobrar el espíritu de descubrimiento de la sociedad norteamericana; encontrar una cura definitiva para el cáncer; desarrollar fuentes de energía limpia y avanzar en la forma de gestionar los recursos de petróleo y carbón, provocando ahorros para ser invertidos en otras necesidades de la comunidad.

Sin duda, en su discurso intentó dejar claro que había cumplido el desafío que la nación norteamericana le había encomendado, por lo que no extraña que haya repetido frases tan definitivas y duras como las siguientes: "He dicho antes que todo, que el discurso sobre la decadencia económica de Estados Unidos es pura palabrería política. Y también lo es la retórica que oyen acerca de que nuestros enemigos son cada vez más fuertes y Estados Unidos cada vez más débil. Estados Unidos de América es la nación más poderosa de la Tierra. Punto. Gastamos más en nuestras fuerzas militares que las siguientes ocho naciones juntas. Nuestras tropas son las mejores fuerzas de combate de la historia del mundo. Ninguna nación se atreve a atacarnos, ni a nosotros ni a nuestros aliados, porque saben que eso los llevaría a la ruina. Las encuestas demuestran que nuestra posición en el mundo es mejor que cuando salí elegido para este cargo". Esta era su

respuesta a los que le hicieron el desafío al momento de comenzar su primer mandato.

Pero veamos qué dicen historiadores y politólogos.

En general, se sostiene que una evaluación inmediata será muy difícil. Y tendrán que ser los años los que permitan un juicio objetivo, aunque en lo que sí existe acuerdo es que la presidencia de Obama

No cabe duda de que Obama, desde el comienzo, intentó ser recordado como un gran Presidente. Los grandes presidentes lideran la nación en tiempos de crisis y mantienen el rumbo del Estado a través de tormentas. Su legado consistirá en recordar el liderazgo ejercido a la hora de conducir la nación a través de la crisis de 2008, en el hecho de dar a los estadounidenses acceso a la protección de salud,



tendrá durante mucho tiempo dos legados duales. La derecha seguirá recordándole y usándolo como su modelo favorito de un Estado excesivamente grande y como objeto de su resentimiento racial. Otros lo recordarán como el máximo exponente del Primer Americano y como un líder político a veces reticente, pero siempre profundamente serio, incluso brillante, en tiempos de problemas totalmente intratables (David Blight, Universidad de Yale).

También existe coincidencia en reconocer que ningún Mandatario desde Lincoln (quizás también Franklin D. Roosevelt) ha afrontado una oposición tan feroz e implacable como la que le tocó encarar a Obama.

y en liderar la nación a través del malestar civil causado por la violencia de las armas (Jennifer Merciega, Universidad de Texas).

En síntesis, los ocho años de gestión del Presidente Obama lo dejan en un lugar intermedio en la curva de los grandes mandatarios: fuerte en algunos temas, más débil en otros. Su incapacidad para mitigar las estrecheces económicas de la clase media y la desigualdad en la distribución de los ingresos terminó por dañar su agenda interna. Así, su legado se sostendrá únicamente en el éxito de la reforma de la protección de salud (Brandon Rottighaus, Universidad de Houston).

En política exterior, las críticas son más fuertes, si bien se le reconoce el acuerdo nuclear con Irán y el paso dado para normalizar las relaciones con Cuba. Se termina sosteniendo que una golondrina no hace primavera. No fue capaz de ofrecer una visión diferente a sus antecesores en cuanto a una estrategia global. De mala gana intervino en Libia y Siria. A pesar de que retiró las tropas en Irak (2011) y mantuvo un mínimo contingente en Afganistán, amplió el uso de aviones no tripulados (drones). Permitted a los neoconservadores salir adelante en su intención de elevar las tensiones con Rusia, incluso mientras comenzaba a enfrentar a Beijing en el Mar del

Sur de China. La evaluación en este ámbito es más bien negativa.

Así y todo, estamos ciertos que su paso por la Casa Blanca no quedará en el olvido. Su misma juventud permite avizorar que permanecerá como un actor visible en la política norteamericana por muchos años más.

Es muy probable que siguiendo el camino de otros grandes líderes mundiales continúe dictando conferencias a lo largo del mundo. Haber liderado la nación más poderosa del mundo por casi una década, no es una experiencia menor.

Roberto Vega M. Phd.
Vicerrector Académico
Universidad Finis Terrae



Gran Bretaña: Ser o no ser... de la UE

El próximo 23 de junio los británicos votarán para decidir si continúan o no siendo parte del bloque europeo. Una decisión que podría traducirse en graves consecuencias para el país y el resto de sus socios.

Gonzalo Vega S.

En 1944, el entonces Primer Ministro británico Winston Churchill afirmó: “Cada vez que el Reino Unido tenga que decidir entre Europa y el mar abierto, decidirá el mar abierto”. Cincuenta y cinco años después, la “Dama de Hierro”, Margaret Thatcher, lo reafirmó: “Dios separó a Gran Bretaña de la Europa continental y fue por alguna razón”.

Las semillas de la desconfianza hacia el continente siempre han estado presentes en el Reino Unido. Pero ahora parecen haber revivido con fuerza luego que el Premier David Cameron confirmara que el próximo 23 de junio, a través de un referéndum, los británicos definirán si siguen perteneciendo o no a la Unión Europea (UE). ¿Hay algún precedente de abandono del bloque comunitario? Sí, Groenlandia en 1985. Aunque, obviamente, la situación es incomparable, ya que la UE existe formalmente desde 1993.

Cameron fijó la fecha del referéndum tras sellar un acuerdo en Bruselas con los otros 27 Estados miembros para reformar la actual relación británica con la UE, y que

se estructuró principalmente en torno a la limitación de los derechos de los trabajadores europeos en suelo británico, el refuerzo de los poderes de los parlamentos nacionales, y salvaguardas para los países que no forman parte del euro.

Con este acuerdo, el Reino Unido tiene “lo mejor de los dos mundos”, dijo Cameron. Algo que no es nuevo para Londres, acostumbrado ya a tener un estatus especial en el bloque comunitario: Ingresó 16 años después de la firma del Tratado de Europa, ha quedado fuera de la política agrícola común, del acuerdo de Schengen (espacio común de libre circulación dentro de Europa), y sobre todo, del euro. El tema es que en Europa ya no están dispuestos a ofrecerle a Londres lo que se ha denominado una “Europa a la carta”, en la que los británicos eligen lo que les gusta de la UE, y desechan lo que no.

Los esfuerzos de Cameron apuntan a evitar el llamado *Brexit*, como se ha denominado a una eventual salida del Reino Unido

del bloque: “Sería una amenaza a nuestra economía y a nuestra seguridad”.

El Premier tendrá que convencer a la

La mayoría de las numerosas encuestas que se han realizado desde fines de diciembre, da como triunfante la opción de



Shutterstock.com

opinión pública de que algo consiguió con el reciente acuerdo en Bruselas. La postura del líder *torie* fue avalada por un documento oficial publicado por *The Guardian*, elaborado por funcionarios del Gobierno, que advierte que los servicios financieros, la libra, la industria del motor, la agricultura y la vida de millones de británicos que viven en Europa se verían afectados si votan a favor del *Brexit*.

Los hombres de negocios también han alzado su voz. Mediante una carta en el diario *The Times*, 198 empresarios — entre ellos representantes de compañías como British Telecom (BT), Vodafone y los bancos HSBC y Santander UK— expresaron que “los negocios necesitan un acceso sin restricciones al mercado europeo de 500 millones de personas a fin de continuar creciendo, invirtiendo y creando empleos”.

mantenerse en la UE. El problema para Cameron es que los estudios coinciden en que esta tendencia va a la baja, mientras paralelamente aumentan los partidarios del *Brexit*.

Algunos imputan esta tendencia al mal momento que vive el bloque comunitario, golpeado por la crisis de los refugiados y la del euro, al punto de que el propio Partido Conservador del Primer Ministro está totalmente dividido en torno al referéndum: mientras Cameron, el titular de Finanzas, George Osborne, y la ministra de Interior, Theresa May, están por la permanencia en el bloque, el popular y carismático alcalde de Londres, Boris Johnson, votará por el *Brexit*. Es que el euroescepticismo en el Reino Unido atraviesa a los partidos y a la sociedad transversalmente.

Las campañas para el referéndum tendrán como público objetivo a los indecisos, que van de un 8% a un 18%, según las encuestas. Pero la pregunta que surge es cuántos de ellos tienen conocimiento de los datos necesarios para poder inclinarse por una u otra preferencia. No son muchos.

Ana Palacio, ex ministra de Relaciones Exteriores de España, lo grafica en una columna de *Project Syndicate*: “El pasado muestra que, cuando se llama a referéndum, los votantes rara vez se centran en lo que realmente está en juego. Así sucedió en las consultas sobre la Constitución Europea en 2005: los holandeses votaron contra el euro (que no era objeto del tratado)”. En este escenario, el miedo será una de las herramientas que ocuparán ambos bandos para convencerlos. ¿Miedo a qué? A perder privilegios y dinero.

El Reino Unido posee el 12,7% de la población de la UE y representa casi el 16% de su PIB. Además, como muestra de la importancia que tiene para el bloque, según datos del Centre for European Reform (CER) y el European Council on Foreign Relations (ECFR), 2.800 empresas alemanas operan en Reino Unido y dan trabajo a 370.000 personas. Las exportaciones británicas a la UE suponen el 9% del PIB del país, e implican casi 2,3 millones de empleos. Además, Reino Unido es la gran potencia militar del continente junto con Francia.

Una salida del Reino Unido —que no podría ser frenada ni retrasada por sus socios— provocaría caídas del comercio y la inversión por ambos lados: el *think tank* londinense Centre for European Reform realizó un ejercicio que concluyó que el comercio de Gran Bretaña con el resto de la Unión Europea ha sido un 55% más grande que si los británicos hubieran permanecido fuera del bloque comunitario. Por tanto, la capacidad negociadora en materia comercial y de inversiones se vería seriamente mermada.

Pero lo que más teme Europa es que una eventual salida del Reino Unido genere una implosión al interior del bloque, y que otros países imiten a Londres y abandonen la UE. Los ojos están puestos en Suecia, Hungría y la República Checa.

Los posibles escenarios que se manejan si es que Londres concreta su salida del bloque comunitario han sido analizados por el mencionado *think tank* londinense. Una opción es adherirse al espacio económico europeo que agrupa a los países de la UE más Noruega, Liechtestein e



Islandia. En ese caso, Londres podría participar del comercio interior sin tener que adoptar otras políticas comunitarias. Eso sí, tendría que aceptar las reglas europeas de comercio interior, y no podría participar en su elaboración.

Otro camino es el modelo suizo, país que tiene 120 acuerdos bilaterales con la UE, y que participa en la libre circulación de bienes, pero no en la de servicios. El problema para Londres es que tendría que aplicar las normas comunitarias en materia de mercado interior, aceptar la libre circula-

ción de trabajadores y contribuir al presupuesto de la UE.

Otra modalidad distinta es la de Turquía, que tiene un acuerdo de asociación con la UE que incluye la unión aduanera. En este caso, Londres no debería pagar aranceles por sus exportaciones a la UE y tendría acceso al mercado de bienes, pero no de servicios. Además, los fabricantes británi-

para Londres ceder soberanía perdiendo poder de decisión o ver limitado su comercio con sus socios.

No solo eso. Londres también vería mermar la histórica influencia de su política exterior. Hoy Londres es representado por su secretario de Relaciones Exteriores y por el Alto Representante de la Unión Europea. Fuera del bloque, Londres vería disminuida su voz al interior de la Unión Europea, aunque podría ocupar asientos en otras instituciones internacionales.

Pero Cameron no quiere llegar a esa disyuntiva. Se la jugará por la permanencia en el bloque, siempre bajo su particular visión: como dicen sus críticos europeístas, el Premier no quiere ser excluido del corazón de Europa, pero tampoco está dispuesto a comprometerse con el proyecto europeo. Y una

derrota en el referéndum no solo implicaría la salida del Reino Unido de la UE, sino también la suya desde Downing Street, ya que el triunfo del *Brexit* podría catapultar a Boris Johnson como su sucesor.

BREXIT



cos estarían obligados a aceptar un gran número de reglas.

Pero la alternativa más viable, según el Centre for European Reform, sería que Londres firmara un acuerdo de libre comercio con la UE. Ahora, cualquiera de las alternativas mencionadas implicaría

Gonzalo Vega Sfrasani
Periodista, Universidad Finis Terrae.
Subeditor de Opinión e Internet de El Mercurio.
Profesor de Actualidad Nacional y Actualidad Internacional en
la Escuela de Periodismo de la UFT.



Libia se convierte en el nuevo bastión del Estado Islámico

La estrategia de la comunidad internacional para frenar al autodenominado Estado Islámico, ha sido insuficiente. Y eso ha llevado a que Libia emerja como un nuevo foco de influencia de esta milicia yihadista.

María Ignacia Matus M.



Cuando el mundo se impactó ante el horror causado por los yihadistas que atacaron la sede del semanario satírico francés *Charlie Hebdo*, en enero de 2015, diversos líderes endurecieron sus posiciones frente al terrorismo. Sin embargo, en noviembre pasado vino la oleada de ataques en las calles parisinas, y a principios de este año en Turquía, por señalar solo los de mayor magnitud. Paralelamente, y si bien la coalición internacional que lucha en Siria e Irak

para frenar el avance del autodenominado Estado Islámico (EI) ha asestado algunos golpes significativos, la transformación de Libia en un nuevo foco de conflicto hace presumir que esto está lejos de suceder.

El pasado 19 de febrero la ciudad de Sabratha, situada al oeste de Libia, fue blanco de bombardeos estadounidenses que dejaron un total de 40 muertos, entre los que se asegura estaba el líder extre-

mista tunecino Nouredine Chouchane, vinculado con dos ataques perpetrados en Túnez en 2015. Dicha zona, actualmente controlada por milicias locales afines al gobierno de Trípoli, se presume que alberga diversos campos de entrenamiento para yihadistas.

Pero, ¿por qué Libia comienza a aparecer en este complejo escenario? En realidad no es algo nuevo y a juzgar por la situación del país, no debiera extrañar. Después de los movimientos de protesta ocurridos en la zona del Magreb y Medio Oriente a partir de 2010, más conocidos como la Primavera Árabe, muchos fueron los países que cayeron en una profunda crisis política y

un campo de batalla donde se mezclan pugnas políticas, sociales, económicas y religiosas.

Libia se distingue por ser un país en el que convive una multiplicidad de tribus, lo que ha determinado su forma de vida y organización. La llegada del excéntrico Gaddafi por medio de un golpe de Estado en 1969, permitió que poco a poco concentrara todo el poder. No obstante, el país no fue inmune a los movimientos que partieron con la revolución en Túnez, pero la diferencia fue que aquí no existía una unidad entre las distintas tribus; cada una peleaba por lo suyo, lo que hizo que la represión fuera aún más dura.

Una vez que Gaddafi dejó el poder, se organizó un Gobierno de Transición que fracasó tras la imposibilidad de crear estructuras que pudieran ordenar el país. En 2014, después de las elecciones, estalló nuevamente la violencia, obligando a las autoridades elegidas a escapar hacia la ciudad de Tobruk, lo que en definitiva provocó que a la fecha existan dos gobiernos: uno en Trípoli

,la capital, donde lidera la milicia islamista “Amanecer de Libia”, y el otro en Tobruk, elegidos en forma democrática y reconocidos internacionalmente.

De este modo, si bien la salida de Gaddafi sembró esperanzas en el pueblo libio, finalmente terminó por generar un vacío de poder e inestabilidad que —al igual que en el caso de Irak y Siria— ha sido aprovechado por grupos yihadistas leales al EI,



económica. En algunos, y como un hecho inédito, se logró incluso la salida de líderes que por décadas habían gobernado a través de regímenes autoritarios y se habían enriquecido a costa de sus ciudadanos. Tal fue el caso de Libia, que tras 42 años de gobierno de Moammar Gaddafi, fue derrocado por un levantamiento popular. Lamentablemente, la tiranía no dio paso a una fructífera democracia, sino a una lucha de poderes que tiene sumido al país en

destacando Ansar al Sharia, el Consejo de la Shura de Jóvenes Islámicos y el Grupo Islámico Combatiente Libio, entre otros. En la actualidad, se estima que ocupan cerca de 240 a 300 km de la costa mediterránea de Libia, incluyendo las ciudades de Derna y Sirte.

El 27 de enero de 2015, se produjo un tiroteo y un atentado con auto bomba a la entrada del Hotel Corinthia en la ciudad de Trípoli, lo que dejó 12 muertos, el cual se adjudicó el Estado Islámico de la Provincia de Trípoli. Posteriormente, el 16 de febrero, 21 cristianos coptos capturados en Sirte fueron decapitados. En junio, la rama libia del EI tomó control del aeropuerto y luego de la planta eléctrica de Sirte, ambos puntos muy estratégicos. Esta última, que abastece a la zona central y occidental del país, fue arrebatada a las fuerzas del gobierno de Trípoli, dejando como resultado el degollamiento de varios soldados de la milicia. Estos son solo algunos ejemplos

del alcance de las acciones de los yihadistas en el país.

En tanto, Derna, municipio de aproximadamente 50.000 personas, es considerado un bastión del EI, siendo la primera ciudad en ser controlada. Desde 2014 que la presencia de los yihadistas encendió la alerta entre sus habitantes tras un desfile público en el centro de la ciudad donde juraron su lealtad hacia el califa Abu Bakr al Bagdadi. Desde entonces se han visto varias banderas negras flameando, lo que se suma a la preocupación por el reclutamiento de los jóvenes libios, debido a la fuerte propaganda que han difundido a través de radios locales e incluso por medio de material que entregan en los *checkpoints* a lo largo del territorio que se encuentra bajo su control.

El propio Primer Ministro del reconocido gobierno de Tobruk, Abdelá al Zinni, advirtió en junio pasado que "las ciudades de Libia están cada vez más amenazadas por este grupo (el EI) y cada vez será más



difícil hacerle frente, como en Irak". A su vez, criticó a la comunidad internacional frente a su inacción. Cabe recordar que Al Zinni sufrió un atentado en mayo de 2015 cuando se trasladaba al aeropuerto de Tobruk.

De acuerdo a Hassan Hassan, académico del Tahir Institute for Middle East Policy, si bien en términos militares la franquicia del EI en Libia aún no es tan fuerte en comparación con la diversidad de milicias armadas que existen, "(...) como una potencial amenaza para Libia y el amplio vecindario,

el Estado Islámico no pudo haber escogido un terreno más céntrico para su estrategia de lograr liderazgo". Esto en virtud de dos argumentos que explican por qué el EI trata de volcarse hacia Libia.

El primero es que pretende reunir las redes de Al Qaeda que se encuentran dispersas en África tras las campañas que ha liderado Estados Unidos, tanto logísticas como económicas. En este sentido, Libia se ha posicionado como un lugar para reagrupar a yihadistas, así como aquellos que han huido de los ataques en Siria e Irak.



Raúl Sohr



Álvaro Góngora, Decano de la Facultad de Comunicaciones y Humanidades de la Universidad Finis Terrae, le invita a la presentación del Observatorio de Asuntos Internacionales en la que el analista Raúl Sohr expondrá sobre

"El yihadismo en el ojo de la tormenta"

Posteriormente, el Director del Observatorio, periodista y docente de la Institución Alberto Rojas, sostendrá una conversación sobre este tema con el analista internacional.

El Observatorio tiene como objetivo contribuir al análisis y la comprensión de los temas de la actualidad mundial, enfocado en ámbitos como política, seguridad y grandes conflictos.

Fecha: Martes 29 de marzo.

Hora: 09:00 horas.

Lugar: Sala de Exposiciones, Universidad Finis Terrae (Av. Pedro de Valdivia 1509, Providencia).

S.R.C: Mariela Alvarado, malvarado@uft.cl

El segundo argumento plantea que a partir de la aceptación de la lealtad que le juró Boko Haram en Nigeria, esto le permite continuar hacia el norte de Mali y el Sahel. Todo ello es parte de un esfuerzo más amplio por seguir avanzando por la región. No se debe perder de vista su lema: “Permanecer y expandirse” (Bariyya wa Tata-maddad). Observar cómo se reagrupan los diferentes cuadros yihadistas del norte de África, será fundamental para evaluar su avance e influencia.

En momentos en que en Libia todavía se intenta negociar un nuevo gobierno de unidad entre ambos bandos, bajo el alero de Naciones Unidas, el país continúa siendo testigo de enfrentamientos. Y junto a

los ataques a las instalaciones petrolíferas en Sirte en enero de este año, se agregan las ofensivas contra los puertos de Al Sidra y Ras Lanuf.

En síntesis, en la actualidad, Libia subsiste entre una diversidad de grupos armados y milicias islamistas que mediante la violencia luchan por el liderazgo de zonas estratégicas, y dos gobiernos que, junto con ser objeto de ataques por parte del EI, defienden sus respectivas zonas de influencia. Mientras ambos bandos no sean capaces de lograr un consenso y unir sus fuerzas, el EI seguirá contando con un terreno fértil para persistir en su objetivo de construir su Califato.

María Ignacia Matus M.
Periodista, Universidad de los Andes.
Magíster en Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica.
Actualmente se desempeña en el Centro de Estudios e Investigaciones Militares (CESIM) y es profesora de Actualidad Internacional en la Escuela de Periodismo de la Universidad Finis Terrae.



Observatorio de Asuntos Internacionales

Facultad de Comunicaciones y Humanidades

Universidad Finis Terrae

<http://comunicacionesyhumanidades.uft.cl/observatorio-de-asuntos-internacionales>

Mail: alberto.rojas@uft.cl

